

... Era necesario contar la historia de este libro. Había que decir cómo nació, quién lo tomó en sus manos, dónde se registró su nombre. Pero... ¿por qué he querido L.F. que sea yo el que cuente esa historia? ¿Por qué se le ha ocurrido que yo le ponga un prólogo a sus poemas más recientes? ¿Un prólogo? ¿Pero quién yo colocar la piedra - intrusa - en un prólogo en este templo herético, donde se oían resallar las furiosas interrogaciones del más desestablado y rebelde de los poetas españoles? L.F. - ahijado del viento - conoce el rumbo de mi poesía, como yo - débil hoja de la Tierra - conozco el de la suya. La voz de L.F. es, en el sentido más alto y noble del término, una voz desoperada; la mía, por el contrario, ^{cuando exige} una voz esperanzada - pero esperanzada por naturalera, no por firmeza literaria ~~de~~: algo, allí dentro, me ilumina la sangre, y a esa luz creo y ordeno mi canción. El verso de L.F. - ciego, errante, en carne viva como Edipo, pero religiosamente atormentado - se bizca hacia la divinidad, la increpa rotundamente, angustiado por el destino cósmico del hombre. "El hombre se escapa de la vida y va a encarcarse con los dioses", ha dicho alguna vez este poeta. El mío, mi verso, como intruso en un sentimiento no metafísico, en una emoción no religiosa, se queda simplemente a la orilla del hombre, y en ella busca los motivos de su existencia. Tanto por el pensamiento como por la sensibilidad, L.F. y yo somos voces divergentes. ¿Por qué, entonces, ha querido el poeta que la mía vaya aquí delante de la suya? ¿Es esta una prueba a la que L.F. me somete, con ánimo de verme braccar entre las tempestuosas olas? ¿O es acaso algo más sutil y entrañable: el deseo de hallarte a la poesía, a toda la poesía, un nexo profundo, a pesar de sus múltiples y diversas expresiones? Yo no sabría decirlo. Como tampoco he sabido negarme al requerimiento de L.F. Y aquí estoy, dispuesto, como siempre, a demandar mi palabra... y a contar la historia de este libro.

x x

Cuando L.F. escribe un poema, su primera reacción es destruírlo. "¡Si pudiese romperse yo mismo en mil añicos - y arrojarme en el cesto, en la tumba - de los papeles inservibles!" He ahí, referido ya en metáfora suprema al hombre, el deseo inmediato al acto de creación. La rebeldía de L.F. comienza en su propio hontanar. Crear... destruir... Nacer... desaparecer... Así cae el poeta

3/ en el cielo riguroso, en la girindola eterna, de la que quisiera precisamente escapar. Y entonces se le desata el prendimiento por una vertiente de renunciaciones: ¿Cantar? ¿Para qué cantar, si la poesía, por ahora, no puede ser canción? ¿Llorar, blasfemar, gritar: esa es la función del poeta. ¿Y para qué gritar tan poco, si nadie nos oye, si nadie puede oírnos? Y, aunque alguien nos oyes, ¿de qué sirve luchar con los signos del lenguaje, con unos signos - pobres, limitados, vacíos - que apenas pueden traducir otra cosa que nuestra vanidad? Crear... destruir... Nacer... desaparecer... Esta es la ley. Y está la escala en que se revuelve, y de la que quisiera evadirse, L.F. Por eso, cuando leemos un libro suyo, cuando se nos aparece su poesía, no es una hermosa ficción lo que tenemos delante: es un organismo humano, un ser vivo - dije yo, hace años, y después otros lo han repetido, con propósito semejante - un cuerpo y un espíritu debatiéndose entre sí, combatiéndose, agitando, en lucha desenfrenada, reducidos por un momento, y aparentemente, a forma armónica, pero desarticulados en lo más hondo, con la sangre brotando de las venas, como una ofrenda despreciada, y los humos rebelándose a su propio origen, ardiendo al sol. Y allí, en un rincón iluminado, el ansia se halla a todo eso nombre, es decir, se encarna con el destino y pide cuentas, se llega hasta el umbral de ^{no se que significa} justicia y condena su monstruosidad. (Y más adentro, mucho más adentro, en un trasfondo invisible para los preceptistas, para los legisladores o, como diría el propio L.F., para los escritores, el respirar agonico de un pueblo, de una frente abatida, de una inocencia traicionada, hablando por boca del hombre desmundo, del verbo liberado de cobardías y vanidades). "La poesía se apoya en la biografía. Es biográfica hasta que se hace destino".

7. entra a formar parte de la gran canción del destino del hombre".

¿Es ya destino la biografía de L.F.? ¿Forma parte ya de esa gran canción que los hombres, han ido ^{etificando} desde el primer sueno de la especie humana? Hay una tormentosa gradación de dudas y rebeldías entre la sombra y la luz para este poeta - y aquí empleo su propia terminología simbólica - que, consciente de su destino como ha logrado instrumentar sus gemidos y sus imprecaciones hasta hallar las resonancias extremas, el verbo ardiente del nabi: hasta erguirse tremante como un antiguo profeta y llevar su palabra del desierto a la ciudad, del valle a la cumbre, flagelando la mentira, la traición, el rencor, la burla polvo cada. Y el silencio de los dioses. Sobre todo, el silencio de los dioses. "Porque el poeta

3 / es el hombre desmudo que habla y pregunta en la montaña sin que le espere ya nadie en la ciudad". ¿ San Juan que espere ya nadie? Desolada - y desoladora - conclusión. ¿ Qui proceso es el que ha reunido la poesía de L.F. para llegar a ella? El viento, en "exigente crechero", de "último autólogo" dice "el poeta - tiene el secreto. El viento, "es viento que trabaja conmigo", que me guía", nació un día en Castilla; después se echó a rodar por el mundo, ^{317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000} vio en los cuernos de la mitra plegarias verdes y amarillas, vio el cuerpo de Ezequiel acrobático entre las risas de los fariseos, vio al zapa iscarote y la diron sentado en la silla del juez, y entonces le nació una voz ronca y afra, una llamanis que una voz. Y esta llamanis entró por el "hueco y viejo cubredo de travieso, abandonado en el pecho de la colimba o en el ruloón más oscuro de la cueva" y salió blasfemando, diciendo su única canción, la del grito. Y preguntando, ma y cien veces, con un estribillo de locura: ¿ Quién soy yo? ¿ Quién soy yo? ¿ El poeta, el filósofo, el sabio, el gran burro, el gran loco? ¿ Quién soy yo?...

Lo que había de este dramático es un monólogo de L.F. una aspiración universal de profundas dimensiones ^{de su identificación íntima con una de las etapas más oscuras y experimentadas del hombre, es decir, la unión de lo poético con lo social - si, con lo social, a despecho de angustias metafísicas y religiosas -} ambas cosas en su mes para interpretación. Y eso será también lo que lo diferencia de otros monólogos apañados y patéticos, por menos egocéntricos, por más genios y humanos. L.F. ha dicho, deca en su hora más alta y de mayor plenitud: "El genio poético prometeico es aquella fuerza humana y esencial que, en los momentos fervorosos de la historia, puede levantar al hombre rápidamente, de lo doméstico a lo épico, de lo contingente a lo esencial, de lo ecléctico a lo místico, de lo sordido a lo limpiamente ético". Para llegar a esta ^{clara} definición: "El poeta no es aquel que juega habilidosamente con las figuras metafóricas verbales, sino aquel a quien su genio prometeico despierto le lleva a originar las grandes metáforas sociales, humanas, históricas, siderales".



x
x x

Conducido por una especie de ilusionada intuición a través de la poesía de L.F., especialmente de su poesía de médula civil, que es casi toda, agarraba yo un día el poeta alcanzando la luz, no le luz atribuible a la supuesta divinidad, a la revelación celeste, sino la que los hombres son capaces de encender: la luz que puede levantarnos y salvarnos, entre nosotros mismos. La única no hay otra. Al fin y al cabo, L.F. había dicho: "Cuando el hombre doméstico, egoísta y tramposo, degrada el mundo y todo lo rebaja; cuando las cosas no son lo que deben ser, lo que pueden ser, el mecanismo metafórico del poeta es el primer signo revolucionario. Y antes denuncia nuestras miserias el poeta fue el moralista". Yo esperaba, sig, tras el prolongado frío de recuperación, el grito de jubilo brotado de las entrañas del pensamiento por identificación íntima con el hombre, precisamente con el hombre que sufre los embudidos del espíritu y tramposo, con el hombre que, según L.F., es ^{el que cuenta} lo que cuenta. Me he equivocado. Confieso que me he equivocado. Este nuevo libro es el mejor testimonio de ello. También he querido L.F. escribir los poemas de este libro, los incantes de este "ciervo", que, siendo la víctima de todas las arcaísmos, es el único que a qui se salva, aunque el poeta se empie en lo contrario. Pero he querido destruílos, no sólo por las razones antes apuntadas: por otras, además, que son ya, por lo visto e ineludiblemente

Nota de los editores. — Aunque este libro aparece bajo el nombre de Editorial Grijalbo, en su edición han intervenido también, eficazmente, el entusiasmo y la admiración de un grupo de amigos de León Felipe, entre los que sabemos destacar a la señora Cecilia Trevino de Girouella y al señor Víctor Tragoite. A la edición se han asociado, además, ilustrándola con sus obras, unos cuantos eminentes pintores, cuyos nombres son los siguientes.

A unos y a otros damos aquí las gracias, en nombre del poeta L. F.

re cifra en una : Prometo. No hay mejor definición de L.F.